

¿Tuvo razón Cheney respecto de Obama?

Patrick Radden Keefe. The New Yorker 11 de junio de 2013 ¹

Después de que Barack Obama fue electo para cumplir su primer mandato presidencial, pero antes de que tomara posesión del cargo, el vicepresidente Dick Cheney dio una entrevista de salida a Rush Limbaugh. Bajo George W. Bush, Cheney fue el artífice, junto con David Addington, su abogado, de una expansión dramática de la autoridad ejecutiva, un ensanchamiento del ámbito de poder que Obama criticó con fuerza durante la campaña electoral, y se comprometió a “revertir”. Pero cuando Limbaugh preguntó sobre esa crítica Cheney dio un manotazo a un lado y dijo: “Mi opinión es que, una vez que lleguen aquí y se enfrenten a los mismos problemas que enfrentamos todos los días, se podrá apreciar algunas de las cosas que hemos puesto en su lugar”.

Me acordé a de eso durante las revelaciones de la semana pasada sobre los programas de vigilancia masiva que ha administrado la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por sus siglas en inglés). Cuando Cheney dijo eso, el comentario me pareció cínico y egoísta. Ahora parece profético. Muchos observadores han lamentado la guerra de Obama contra las filtraciones de información —las cuales se ha distinguido por un inusitado número de enjuiciamientos—, lo que sugiere cierta hipocresía de un Presidente que, después de haber prometido dar la espalda a “política de secrecía” de Bush, ha dedicado su tiempo en el cargo a la persecución implacable de los denunciantes.

Pero la hipocresía puede ser más profunda que eso: Obama construyó su imagen política de líder nacional en oposición a los excesos de los años de Bush. Sin embargo, a partir de escuchas sin orden judicial y la tortura a la inteligencia confiable en Irak, sabía del pleno alcance de esos excesos *gracias a* las revelaciones no autorizadas de la prensa. Para empezar, sin fugas, Barack Obama nunca hubiera sido electo.

Entre quienes creyeron en la palabra del candidato Obama y enseguida se vieron hondamente decepcionados cuando asumió el cargo, estuvo, al parecer, Edward Snowden, un contratista privado de la Agencia de Seguridad Nacional. Snowden, quien dio un tesoro de documentos clasificados a *The Guardian* y *The Washington Post*, dijo ayer que había visto, consternado, “cómo Obama fue más allá con las mismas políticas que pensé que serían frenadas”.

Sea cual sea la opinión de usted sobre las acciones y motivaciones de Snowden, su forma de percibir la traición de Obama es digna de consideración. El presidente se esforzó el viernes en insistir que dos de los programas que Snowden reveló eran legales; que estaban “autorizados por el Congreso” y supervisados por jueces federales. Pero el Departamento de Justicia de Obama, como el de Bush, no ha estado por encima de una lectura oportunista (y en ocasiones francamente similar a la Cama de Procasto) de estatutos particulares para

1.<http://www.newyorker.com/online/blogs/comment/2013/06/was-cheney-right-about-obama.html>

permitir lo que la Casa Blanca quiera hacer. Sin duda el Congreso ha obstaculizado la agenda doméstica de Obama, no obstante, ahora recurre al Congreso en muchos asuntos de seguridad nacional —sobre todo, la vigilancia— a tal grado que coquetea con la abdicación. Y la Suprema Corte se ha negado a considerar la legalidad de los programas de escuchas telefónicas de la NSA a partir del tautológico argumento de que ningún potencial demandante está legitimado para entablar una demanda porque los programas relevantes son tan secretos que cualquier ciudadano sólo puede “especular” si ha sido o no espiado.

“Nadie va a escuchar el contenido de las llamadas telefónicas de la gente”, dijo Obama, y se supuso que esto resultaría tranquilizador. Pero el primer problema, como lo ha demostrado ampliamente mi colega Jane Mayer en un correo de la semana pasada, y Shane Harris en *Foreign Policy*, es que los metadatos que se registran no son triviales en lo absoluto, de hecho, a menudo son mucho más reveladores que “el contenido” que Obama sugirió que era sacrosanto.

El segundo y más pernicioso problema es que al hablar de lo que sucede en lugar de lo que podría suceder, Obama está eludiendo el tema. La vieja aseveración de la rama ejecutiva del gobierno es “Confía en nosotros”, y para Obama, profesor de derecho constitucional, el recurso es más directo y personal: “Confía en mí.” Vemos esto en el debate (en la medida en que lo hay) sobre la más dramática licencia ejecutiva que esta Administración se ha tomado: los ataques con drones. Los asesores de la Casa Blanca abandonan su estilo habitual al enfatizar el cuidado personal que Obama pone en cada decisión de vida o muerte. Nos han dicho que estudia a San Agustín y a Tomás de Aquino, y que consulta con John Brennan, a quien un ex funcionario describió para el *Times* como una especie de sacerdote de “verdadera rectitud moral”. Tal vez haya quienes encuentren reconfortante esta consideración, confeccionada a la medida del Presidente, pero ese tipo de autoridad letal e inapelable que recae en una sola persona es, en definitiva, desconcertante, aunque el individuo en cuestión lo sea de corazón.

Lo que hemos aprendido en los últimos días sobre la vigilancia no es tanto que el gobierno monitoree constantemente la actividad de civiles inocentes, sino que sistemáticamente recoja el tipo de datos que le permitan hacerlo. “Sentado en mi escritorio, sin duda tenía la facultad de intervenir telefónicamente a cualquiera, desde usted o su contador hasta un juez federal”, dijo Snowden a *The Guardian*. Sobre la credibilidad de este joven, que sin duda será objeto de ataques en los próximos días y semanas —y tal vez deba serlo—, todavía hay mucho que no sabemos. Pero cuando estamos ante este tipo de declaraciones de alguien que, así estuviera en los peldaños más bajos de la burocracia vigilante, tenía ese grado de potencial omnisciencia, sería una locura no formular algunas preguntas serias acerca de la supervisión, y en torno a la discreción.

La triste verdad que Dick Cheney parece haber entendido, y que puede haber subestimado el candidato Obama, es que la acumulación de poder ejecutivo es, para usar una frase de Charlie Savage, del *Times*, un “trinquete unidireccional”. En particular, cuando se trata de la seguridad nacional, es fácil que el Presidente acumule autoridad y es muy difícil de revertirla. En su

libro “Takeover” Charlie Savage cita una vívida observación de Robert Jackson, juez de la Suprema Corte, quien advirtió que una vez establecida, una nueva prerrogativa de ejecutivo tiende a quedarse “como un arma cargada, lista para que eche mano de ella cualquier autoridad que presente un reclamo plausible ante una urgente necesidad”.

El presidente Obama y sus partidarios en ambos lados del pasillo en el Congreso le dirán que todo abuso de estos programas de la NSA son “hipotéticos”, y puede que sea verdad. Pero las tecnologías son como el arma cargada de Jackson, que hasta ahora pudiera no haberse utilizado para fines aviesos, pero esto puede ocurrir cualquier día.